—Una alegría muy grande, que viene a quitar de mi alma un dolor muy hondo: mañana desembarcan mis hermanos en Valencia y pasado mañana los tenemos aquí. ¿No se alegra usted también?

—¡Oh, sí! Mucho muchísimo. ¡Estaba haciéndonos tanta falta!

En los ojos de Mili brilló un relámpago de ira y saltó la lava hirviente de un volcán de despecho. Aquella mirada era igual, la misma que tenían sus ojos el día que me contó cómo aquel médico español sugestionante le perdonó también la flor de su pureza.



HEMEROTECA MUNICIPAL MADRID



LA EXCMA. D.ª SEBASTIANA

La Novela Sugestiva

LA EXCMA. D.ª SEBASTIANA

por

SEVERO MORALES

Ilustraciones de
M E L

32

PRENSA MODERNA

Larra, 13 - Bajo Madrid. Apartado: 8.012

LA NOVELA
SUGESTIVA

DECLARA: que no pretende ser, ni siquiera parecer, una publicación pornográfica: que es, sí, alegre y desenfadada, frívola, galante, picaresca: nada más.

PRENSA MODERNA
IMPRENTA
LARRA, 13 MADRID



No hace mucho tiempo, un mi amigo me mostró una curiosísima tarjeta de visita que decía así:

Excma. D.ª Sebastiana
Horas visibles:
De 3 a 7 y de 9 a 11

Calle de Tal, núm. 5

—¿Una cocota?—pregunté a mi amigo.

—Claro. Pero no una cocota como las demás. Doña Sebastiana es... D.ª Sebastiana.

—¿Una originalidad en el género?

—¡Ya lo creo!

—¿Tú la conoces?

—Por eso te hablo así.

—¿Quieres que vayamos a verla?—propuse a

mi amigo, sugestionado con la idea de que de semejante visita pudiera salir una SUGESTIVA.

—Como quieras.

—¿Esta noche?

—Esta noche.

Y, en efecto, aquella misma noche nos dirigimos a casa de la Excma. D.ª Sebastiana, que vivía en el castizo barrio de Chamberí.

Tenía razón mi amigo: doña Sebastiana, la excelentísima D.ª Sebastiana, no era una vulgar cocota. Ni en el ambiente de que se hallaba rodeada, ni en su trato, y casi podría añadir que ni aun en su vida, si no fuera porque la historia de todas las rameras sin excepción suele ser la misma, salvo ligerísimas variantes, por muy excelentísimas señoras que sean...



LA Excma. D.ª Sebastiana me acogió como acoge siempre a sus visitantes: con una extremada cortesía Y si bien es verdad que ella es Excelentísima, quienes pisan el umbral de su casa son también, desde semejante momento, Excelentísimos...

Rubia, de cuarenta años, de una simpatía incomparable, la Excma. D.ª Sebastiana es una aristocrática matrona, cuya charla es un encanto y cuyos abrazos llevan hasta el paraíso tan entusiásticamente como los de una deliciosa guayabita.

Como lo que más me interesaba a mí de la Excma. D.ª Sebastiana era el relato de su vida, luego de pasada la fiebre amorosa que hasta la alcoba del amor nos condujera. la dije en el reposo, todo lo más cariñosamente que me fué posible:

—Sebastiana, ¡si quisieras confesarte conmigo!...

—¿Eres cura, amigo?

—Casi, casi. Soy novelista.

—¡Ah! ¿Y te llamas?...

La dije mi nombre.

Sebastiana se me quedó mirando fijamente, y luego exclamó:

—He leído algunas novelas tuyas. La verdad, ¡yo no te creía así!

—¿Así, cómo?

—Como eres.

—Pues así soy.

Sebastiana quedó silenciosa.

Insistí:

—¿Te confiesas? Di...

—¿Para qué? ¿Para pasar a la posteridad?

—¡Ay, no! Ni tú ni yo, Sebastiana, pasaremos a la posteridad por muchos méritos que hagamos. Los moralistas son, para nosotros, una barrera infranqueable.

—¿Y si te engaño en la confesión?

—Serías tú la engañada; yo, no. Admitiré de buena fe lo que me cuentes; pero sería lamentable tu mentira. ¡Es tan interesante saber cómo os formáis tan rápidamente vosotras, gentiles soldaditos del gran ejército del Amor!... Apenas mujeres, tan tiernas aun y...

—Tan duras ya de alma, ¿verdad?

—Sí...

—Pues pregúntaselo a Sancho Panza. El te diría que «haceos de miel y...»

—¿También conoces a los clásicos?

—También. ¡Figúrate! Mi padre...

Era la confesión, que comenzaba.

—Mi padre también era escritor. Se llamaba...

Sebastiana se interrumpió, cortada por un ramalazo de pena...

—¡No, Sebastiana, no! ¡No te apenes! Prefiero que me engañes con una historia alegre, a que, buceando en tu pasado, recuerdes dolorosamente los años de inocencia.

Hizo Sebastiana una melancólica mueca de indiferencia y dijo así:

—A los catorce años conocí la vida por los libros. A los quince, el amor y la vida por la vida misma. Pedro... Cambio los nombres de cuantos intervinieron en mi vida, mas no el mío. Sebastiana me llamaron desde que nací y Sebastiana seré hasta que me muera.

—Tienes razón. ¡Qué más da, después de todo!

—Como decía, Pedro, un amigo de mi papá, se encaprichó de mí. Y una tarde, en la biblioteca... Papá estaba ausente; mamá, en cama, aquejada de una fuerte jaqueca. Yo me hallaba leyendo una novela francesa. He sido siempre muy curiosa. ¡Y ya me iba hartando el amor a través de los libros! Pedro se acercó a mí e inclinóse por encima de mis hombros hacia la novela.

—¿Qué lees, Sebastiana?—me preguntó.

Su aliento me cosquilleaba en la nuca, desazonándome.

—Ya lo ve usted, Pedro: una novela francesa —le contesté.

Entre los cabellos de mi nuca, la respiración de Pedro iba ya siendo como ardiente soplo del desierto.

—¿Es interesante?

—Psch...

—Oye, Sebastiana: ¿no te gustaría a ti vivir eso que lees?

Alcé hacia Pedro la vista y le miré fijamente, escudriñadora.

—¿Por qué me pregunta usted eso?—le dije.

Bobamente, turbado ante mi serena mirada, Pedro contestó:

—¡Qué sé yo!

Me eché a reír diciendo:

—Pues entonces, si no sabe usted...

Pedro huyó hacia el sofá. Sobre mi nuca no sentí ya el fuego que aquel hombre joven, robusto y simpático respiraba; pero sus ojos, posados en mí, parecían penetrarme, incendiarios.

Crucé y descrucé las piernas, nerviosa.

Oí de pronto su voz:

—Pero, chiquilla, ¿no puedes estarte quieta? Parece como si tuvieses azogue en el cuerpo.

Estuve a punto de contestarle:

—¿Y usted? ¿Por qué me mira así?

Suspiré tan sólo.



El mismo me desnudó.

Aquel suspirito me perdió, sin duda. Pedro se alzó del sofá y vino hacia mí suavemente, sin prisa, tembloroso quizá. Cuando se halló a mi lado murmuró:

—Sebastiana...

—¿Qué?

La contestación fué que los labios de aquel hombre cayeron sobre mi nuca y besaron en ella hasta abrasar mi piel...

—¡Que te quiero locamente, Sebastiana!

El beso, la declaración...

No protesté.

Me estrechó seguidamente entre sus brazos, buscó mi boca. Y luego:

—¡Ven!

Dejé de existir conscientemente, y no fuí ya sino una muñequita curiosa y abrasada: fuego en los resortes, fuego en toda yo. Me puso sobre sus rodillas...

—No temas, Sebastiana. Dime que me quieres como yo te quiero a ti.

No contesté. Sentí sobre mi carne una mano febril; cayeron sobre mi boca sus labios sedientos...

Cerré los ojos. Y de pronto experimenté en mi ser entero una extraña, una aniquiladora sensación, un dulce y voluptuoso desasosiego, una laxitud que, a medida que se acentuaba, me hacía suspirar y gemir débilmente.

—¡Déjame, Pedro, déjame!—murmuré desfalleciente.

Pedro acabó por enloquecer. Yo... ¿Qué podía hacer yo? Ya no era la chiquilla curiosa, sino la virgencita vencida a merced del Deseo.

Y el sacrificio de amor fué un hecho.

Interrumpióse Sebastiana para reunir sus recuerdos, y luego prosiguió así:

—Pedro fué mi novio y mi amante, hasta que un día, harto de las dificultades que en mi casa se oponían a nuestros eróticos juegos, me propuso rotundamente la huída. Tuve la debilidad de aceptar, ávida de ver la vida en toda su intensidad, y durante dos meses nos divertimos locamente, yendo de cabaret en *dancing* y de restaurante en teatro. Conocí casi todas las voluptuosidades. Y, de repente, surgió ante mí el amor.

—¡Ah!

—Un amor suave, tibio... Se llamaba... Ponle tú, que eres novelista, un nombre cualquiera, porque, como yo te advirtiera al comenzar estas confesiones, yo no he de decirte el verdadero.

—¿Julio?

—Julio, pues. Le conocí en el palacio de Estío, una noche en que Pedro se hallaba ausente de Madrid. Era rubio, dulce y bueno. Me habló como un padre. Casi de madrugada abandonamos el *dancing*. Hacía calor. La noche era oscura y tormentosa. Tronaba.

—Va a haber tormenta—dije.

Julio me contestó:

—Sí; seguramente.

—¡Oh! Yo tengo un miedo horrible a los truenos. Me parece que se va a acabar el mundo, que se va a hundir la casa.

—¿No tienes a tu amiguito para consolarte, pequeña?

—Esta noche, no.

Suspiré. En esto, un relámpago desgarró vivamente las sombras nocturnas.

—Tomaremos un auto para los dos y te dejaré en tu casa—propuso Julio.

Y añadió:

—A menos que quieras venir a la mía. Estoy allí siempre solo. Si quieres, pequeña...

Accedí. ¡Era tan buena la sonrisa con que Julio me ofrecía hospitalidad, tan dulce su voz!...

En el auto me colocó sobre sus rodillas. La tormenta se acercaba rápida; los relámpagos iban siendo cada vez más vivos y los truenos más sonoros.

Como Julio me sintiese temblar, me dijo, consolador:

—No tengas miedo, preciosa. Cierra los ojos y no verás los relámpagos. Y en cuanto a los truenos...

Con los ojos cerrados, al retumbar el trueno sentía yo en mis oídos el crepitar ardiente de un apasionado besar. ¡Era tan dulce aquello!... Así hubiese pasado horas y horas, sobre sus rodillas, dulcemente amada, adormecido el miedo bajo sus labios besadores, acariciada íntimamente por sus manos

infinitamente suaves, que iban por entre mí con tal delicado tacto, que apenas si me daba cuenta de su voluptuoso mariposeo.

Hicimos una pausa, tras de la que Sebastiana continuó:

—Cerró las maderas de los balcones en cuanto penetramos en su casa. Dió luz El resplandor de los relámpagos no pasaba, pero el retemblar de los truenos conmovía a veces la casa entera.

—Ven—me dijo Julio—. Vamos a costarnos en seguida.

Fuimos a su alcoba. El mismo me desnudó. Extendida sobre el lecho, completamente desnuda, mientras Julio se despojaba de su ropa, pensaba yo:

—Será ahora el amor.

Cayó Julio sobre mí frenéticamente. Ya no era dulce y mimoso papaíto, cuyos besos y palabras dijéranse lluvia de pétalos de flores, sino el hombre ardiente cuya boca quemaba, cuyas caricias me hacían desfallecer de gozo...



L día siguiente, Julio y yo amanecimos amantes.

—Yo no me separaré nunca de tu lado, chiquilla mía—me dijo.

E *ipso facto* me instaló en un coquetón pisito de la calle de Alcalá.

Comencé a hallarme satisfecha de la vida, llena de una felicidad grande. Intuitivamente, sin que nadie me aleccionara, empecé a sacar el mayor partido posible de mi situación de mujer «entretenida». Con arrumacos y banales pretextos explotaba la generosidad de Julio: una joyita, un vestido, un sombrero... Comencé a ser una muñequita de postín, que llamaba la atención de la gente «bien» en teatros y paseos, a pesar de que Julio no era muy partidario de que me exhibiese.

Dicen que la holganza es madre de todos los

vicios, y es verdad. Las novelas y los espectáculos públicos no lograban llenar mi vida. Y vinieron las amistades... peligrosas.

¡Fidelidad! ¡Qué mal sonaba esta palabra entre mis relaciones! El placer, la voluptuosidad, para ser verdaderamente tales, no podían sujetarse a exclusivismos. Tenía un amante tan sólo. ¡Bah! No podía ser de este modo completamente dichosa en amor.

—Ensaye usted el amor de otro hombre y verá —me decía Juanita, una amiga que conociera en la Princesa, morena y mimosa, que desde los primeros momentos me abriera las puertas de su corazón y de su casa, frecuentada por artistas y gente poco escrupulosa en materia sexual.

—¿Otro hombre? ¿Para qué?

—Es usted muy niña y muy inocente. ¿Qué la da a usted Julio, vamos a ver? ¿Amor, comodidades y dinero? Pues multiplíquelo y será doble o tríplemente dichosa.

—No tengo ambiciones.

—Porque es usted demasiado joven.

—Quizá.

Pero el ansia de saber, la holganza y la pertinacia de los consejos de Juanita lograron hacer mella en mi conducta.

Un día recibí cuatro letras de Julio diciéndome que se hallaba enfermo y que no me extrañase, por tanto, si no parecía por casa.

Era esto por la tarde. No sabiendo qué hacer,

me fuí en busca de Juanita, decidida a pasar largas horas con ella, para evitar el inevitable aburrimiento de mi soledad.

Cuando llegué, Juanita estaba sola, pero me dijo:

—Jacinto va a venir (Jacinto era uno de sus amantes); mas creo que no vendrá solo. Parece que le acompañará Mauricio Zamora, el joven actor del teatro Español, muchacho muy jaranero. Tú verás si quieres quedarte, porque a lo mejor se lía la cosa. ¡Te advierto que peligra *tu virtud!*

La ironía de estas últimas palabras me dolió sobremanera. Pero ahogué mi desazón con una falsa sonrisa y murmuré:

—No importa. Me quedo.

A poco llegaron el amante de Juanita y Mauricio Zamora. Efectivamente, el joven actor del teatro Español era un muchacho alegre que, desde el primer momento, comenzó a permitirse conmigo alarmantes familiaridades.

Enriqueta no apartaba su vista de mí, asombrándose bastante de mi pasividad.

De pronto, Mauricio Zamora, creyendo en la facilidad de mi conquista, propuso:

—¿Qué os parece si, después del teatro, nos fuésemos los cuatro a cenar por ahí esta noche?

—Yo, por mi parte...—dijo Juanita.

—¿Y usted?—dijo Mauricio Zamora, acariciándome con la mirada.

—Yo... no puedo.

—¿Por qué? ¿No es usted libre? ¡Pues es lástima! Podríamos pasar una noche ideal. Les enviría un palco para que fueran al Español a matar el tiempo; porque ya conocen la obra, ¿verdad?

—Yo, no—declaré.

—¡Ah! ¡Pues debes ir!—exclamó Juanita, vehemente, acogiéndose a este pretexto salvador—. ¡Mauricio está deliciosísimo! ¡Todos los críticos lo han dicho!

Decidiéndome, horrorizada del espectro de mi soledad que en aquel instante se me presentara, barrí de mi espíritu todo escrúpulo y dije:

—Bien; iré...

Lleno de una gran alegría, Mauricio se apoderó de una de mis manos y, estrechándola pasionalmente entre las suyas, murmuró:

—Gracias, amiga mía. Esta noche, sabiendo que usted estará en el teatro, me portaré... ¡como nunca!

Poco después regresaba yo a mi casa para prepararme para la feliz nochecita que el Destino me preparaba...



MAURICIO Zamora estuvo verdaderamente enorme aquella noche. En su papel de amante conquistador de virtuosa casadita se portó maravillosamente, cosechando grandes aplausos.

De cuando en cuando miraba hacia el palco donde yo me hallaba, buscando mis ojos luego de un brillante período, como queriendo decirme:

—¿Ves cómo sé amar? Así podré yo quererte a ti.

Todas sus pasionales fugas iban encaminadas a rendir mi corazón más que a conmover a los espectadores, que tan fervientemente le aplaudían.

Terminada la representación, Mauricio Zamora se reunió prontamente con nosotros.

Le felicité sinceramente. Y él contestó:

—¡He creído amarla a usted! Me parecía que no

era a la primera actriz a quien mis palabras iban difigidas, sino a usted propiamente.

Mi amor propio, ya que no mi corazón, se esponjaba orgullosamente. Me sentía feliz, contenta, lisonjeada, distraída. La idea de que yo pertenecía a otro hombre se hallaba muy lejos de mí en aquellos instantes.

—¿Dónde prefieren ustedes que cenemos?

—En un *souper* cualquiera—propuso el amante de Juanita.

Mauricio se encogió de hombros.

—A mí lo mismo me da. Lo interesante es estar en compañía de ustedes.

Juanita sonrió picarescamente, lanzándome una mirada de dulce complicidad. Mauricio, que se hallaba cerca de mí, se apoderó discretamente de una de mis manos y la oprimió dulcemente.

—Entonces, si les parece a ustedes, iremos al Hispano.

—Sí, sí. Donde sea.

Y hacia el elegante *souper* nos encaminamos.

El Hispano se hallaba animadísimo, y nos costó gran trabajo encontrar mesa.

Cenamos alegremente. Mi espíritu se iba adaptando a aquel hombre que, junto a mí, suspirábame palabras dulces de amor y que, poco a poco, íbase aventurando en eróticos contactos...

Me susurró al fin, brutalmente, enardecido:

—¡Debe usted de ser preciosa...

Y como yo cortara, con mirada severa, la exclamación, él se detuvo un instante en ella, vacilando. Luego la terminó en un apremio de su mano sobre mis muslos...

—¡... desnuda!

Me estremecí. Y sentíme sin fuerzas para rebelarme. El se dió cuenta de ello. Y acercando su boca a mis labios cuanto pudo, murmuró:

—¡Mía!

Sonreí extrañamente.

¿Suya? Sí, de seguro.

Sus labios ya, decididamente, se posaron en los míos.

¡Y yo le contesté con toda mi alma, con toda la fuerza de mis nervios y de mi sangre, ganados a la voluptuosidad!

Juanita y su amante, enredados en su propio amor, no se ocupaban de nosotros. De la sala llegaba un rumor de colmena en los cortos intervalos en que el *jazz* no crepitaba.

—El champán lo tomaremos fuera, en la sala, ¿verdad?—propuso Mauricio Zamora.

—Claro, sí—declaró Juanita.

—Pues vamos ya, si les parece a ustedes.

Abandonamos el relativo refugio del reservado en que nos hallábamos por el estrépito de la sala, animada extraordinariamente.

Y en seguida, apenas nos instalamos junto a una mesa y apuramos un par de copas de champán:

—¿Le parece a usted que...?

No le dejé terminar la frase. Me puse en pie y le abrí mis brazos.

El baile. ¡Oh, las emociones de aquel tango! Jamás las olvidaré.

Fué primero un voluptuoso apretarse del cuerpo de Mauricio Zamora contra el mío, un lánguido vaivén que era como una cabal posesión y que llevaba a todo mi ser estremecimientos de dicha.

Y después, ¡oh, el terrible momento!, fué algo así como una alucinación, como algo irreal, como una formidable pesadilla...

¡El, Julio, en los brazos de otra mujer! ¡Y besándola, como Mauricio Zamora me besaba a mí!

Nuestras miradas se cruzaron en asombro y en celos al propio tiempo.

Y no supimos qué hacer. Los dos éramos culpables. Los dos hubiésemos querido desaparecer bajo la tierra, no ser vistos, para luego erigirnos en juez.

Nos sonreímos al fin, en una sonrisa tácita que fué como si nuestras almas se dijesen adiós.

Dos horas después, cuando estuve entre los brazos amantes de Mauricio Zamora, se me escapó la confesión de plena y perdurable entrega:

—¡Quiéreme, ámame de mi alma, amor mío, como tuya que soy, para ahora, para mañana y para siempre, porque ya soy completamente libre!

Y fué una noche de loco, de ardiente amor, en la que comenzara, bajo la ciencia erótica del cómico libertino, el rosario de mis voluptuosos extravíos.

Dos semanas después Mauricio dábase cuenta que mis abrazos, mis besos... y mis extravíos no lograban conmover su carne.

Y corrió en pos de otra mujer que lo lograse...





E cuento a usted mis amores propiamente dichos y no mis aventuras. Estas, como podrá usted comprender—dijo sonriente la excelentísima D.ª Sebastiana—, son numerosísimas y unas más amenas que otras, como las de todas cuantas al noble oficio del amor nos dedicamos. Escuche usted ahora mis amores con Pepito Jurado, que creo le han de interesar.

Gloria, una de mis mejores amigas, me propuso una noche en el cabaret, donde había una atmósfera irrespirable y un general aburrimiento, a pesar de todos los esfuerzos de un desenfrenado *jazz*.

—¿No te parece, Sebastiana—me dijo Gloria—, que haríamos muy bien yéndonos a acostar ahora mismito... para tomar mañana temprano el tren de Aranjuez? Debe de estar aquello delicioso. ¿No has estado tú nunca allí?

—Sí—contesté—; en las carreras.

—¡Ah! No es lo mismo. Ahora, en estas deliciosas mañanas de mayo es cuando aquello resulta un paraíso. ¿Qué? ¿Te decides?

Acepté. Abandonamos acto seguido el cabaret y quedamos citadas para el día siguiente.

Apenas llegamos a la estación, Vicente, un conocido de Gloria, se acercó a nosotras.

—¿Dónde vais por aquí, muchachas?

—Pues... a Aranjuez—contestó Gloria.

—Precisamente allí vamos Pepito y yo. Mirad: allí le tenéis sacando los billetes. ¿Queréis que pasemos el día juntos?

—Bueno—contestó Gloria con aire indiferente, luego de haberme consultado con la mirada y obtenido mi aquiescencia.

Sin apartarse de nosotras, Vicente gritó a su amigo, que ya se hallaba próximo a la ventanilla:

—¡Eh! ¡Pepito! ¡Toma dos billetes más!

A poco volvió el interpelado con los billetes.

Yo no conocía a Pepito, pero desde el primer instante me fué simpático. Era un hombre joven, de unos veinticinco años, moreno, de ojos negros y penetrante mirar; su voz era dulce, aunque firme, y su léxico, distinguido.

Luego de las presentaciones, Pepito se puso decididamente a mi lado, erigiéndose, por ley natural de las circunstancias, en mi caballero.

En el vagón instalóse junto a mí, y lejos de imitar a su amigo Vicente, que desde los primeros



—¿Quieres que nos marchemos a acostar?

instantes tiróse a fondo con Gloria, me rodeó de toda clase de respetos, tratándome casi como a una gran dama.

Yo estaba encantada. Casi por primera vez en mi vida no me hallaba de manos a boca con la torpe lujuria varonil, desencadenada desde los primeros momentos al chocar con lo que muchos juzgan como plegadizo objeto de placer que se posee, se paga... y se desdeña seguidamente.

¿Era maña en Pepito semejante modo de conducirse?

Yo correspondí, desde luego, como el muchacho se merecía; es decir, haciendo que mi alma, tan hermética para la mayor parte de la gente, se asomara de cuando en cuando a mis labios.

Gloria, a quien llegaban a veces retazos de nuestra conversación, nos dijo cierta vez:

—Parecéis dos novios.

A lo que yo contesté:

—Tal vez valga más que parecer amantes.

—Estás romántica hoy, Sebastiana—contestó irónica Gloria.

—Como la mañana, como el lugar a donde vamos—repuse.

Por primera vez, luego de estas palabras, recogiéndonos ya en nuestro diálogo, Pepito me cogió las manos y me dijo pasionalmente:

—Es usted una mujer adorable, Sebastiana; ideal... Debiera usted llamarse... como su amiga.

—¿Por qué no Sebastiana? ¿No le gusta?

—Para usted, no.

—¿Por qué?

—Porque..., porque es usted más bien... Gloria. ¿Me comprende?

—Sí...

Enrojecí no sé por qué. Y mi voz tembló. ¡Eran los primeros tímidos balbuceos del amor!

Aranjuez ya.

Y a poco, la gloria de sus jardines.

Las dos parejas nos distanciamos.

El verdadero idilio comenzó

Todo, a nuestro alrededor, era un magnífico resurgir. Y así como el sol besaba las flores y la naciente hojarasca, y aguijoneaba en sus amores a los pájaros, así también, a través de la enramada, ponía en nosotros medallones de luz, como besos de oro que quisieran santificar lo que en nuestros corazones se agitaba ya con alientos de vida.

No era ningún pazguato el hombre aquél, sino que pensaba que era más preciado el amor, y de más rico venero en sensaciones, el que se hace nacer en la mujer de todos que en la hembra que cae, para un solo hombre, del árbol del amor, como fruto maduro.

—¿Has tenido muchos amantes, Sebastiana?

—¿Amantes cómo?

—Amantes a los que hayas amado tú; a los que te entregaras generosamente, sin idea mercenaria alguna.

—No. Uno, dos, tal vez no más. Gratas amista-

des. En nosotras siempre hay un amor, desde luego, por el que pecamos; después, tras el desengaño, nuestro corazón se cierra. ¡Y es tan difícil volver a abrirle!

—¿Tan difícil?...

Se había apoyado en mi cintura. Y me atrajo hacia sí, mirándome profundamente, como una luz buena, de sincero amor, más que de violento deseo, en sus pupilas.

—¿Tan difícil?...—volvió él a repetir.

Un estremecimiento, como un beso invisible, corrió a lo largo de mi cuerpo.

Nuestras bocas se juntaron...

Era la soledad. Los pájaros trinaban y piaban; las flores, rompiendo su prisión, se abrían a la luz... La Naturaleza toda se removía en vida.

Volvimos la cabeza atrás.

Gloria y Vicente, a los que no distinguimos en el sendero ni en la avenida, se amaban quizá apartados de los caminos.

Mi cuerpo, bajo los labios ardorosos de Pepito, parecía plegarse como un acero.

—¡Te deseo... y te quiero al propio tiempo! —dijo él ganado enteramente por el amor y la lujuria.

Y yo, desfalleciente, sintiendo desbordar en mi alma y en mi sangre la nueva pasión, le contesté:

—Pues tómame y quiéreme.

Rechazando a los deseos que le asaltaban, él me dijo:

—*Como ellos, no.*

—¿Qué?

—Que debemos contener nuestras ansias de amor. *Que como ellos, no.* ¿Comprendes?

—Sí. Pero... aun amándonos ahora como ellos, nunca nuestra posesión será la misma. Ellos... tomarán un cuerpo tan sólo; nosotros... será mucho más. ¿No es cierto, Pepe?

Las bocas de nuevo...

Y en un gran desfallecimiento de nuestras voluntades, en un ansia demente de goce, caímos abrazados a un lado del sendero por el que caminábamos, aplastando en nuestro lujurioso derrumbamiento un lecho de inocentes margaritas, unas cuantas matas de violetas, una rosa, un jazmín...

Esto, como ya indicara, sucedió en mayo. En junio fué la plena floración. Yo... era feliz: tan rotundamente feliz como nunca lo fuera. Y me entregaba a este amor como una novia toda ilusión, sin mirar hacia atrás, sin pensar en el porvenir, viviendo un presente de gloria y de ventura.

Hacíamos excursiones: a Toledo, a Aranjuez, a la Sierra, para amarnos en plena Naturaleza, agradecidos a ella, que fué quien nos uniera.

Y no temíamos al hastío, como no temen en junio la planta llena de verdor y de savia, el árbol frondoso, el jaral ahito de blancos rosetones de amarillo cáliz, que llegue el estío y los agoste; que mueran ardientemente por haber amado demasiado al sol que les diera vigor y lozanía.

Sin embargo, el estío llegó...

¿Estío, hastío? Sí, sí. Son sinónimos; en la Naturaleza, en la vida toda. Se seca el amor como se secan plantas y árboles tras una exuberante fragancia. Amar mucho y amar siempre es imposible. Hacen bien las que se asustan de una excesiva felicidad. El incendio y la inundación tienen un fin próximo. La gota que cae sobre la piedra, persistentemente, acaba por horadarla.

Todo esto era demasiado trascendental. Pero no puedo por menos de declarártelo, novelista amigo.

En ese mes de julio cuando la Naturaleza comenzaba a agostarse, Pepito se hastió de mí.

El no decía nada; tal vez ni aun se daba cuenta de ello. Pero yo lo leía en su alma, lo veía claro como la luz en esos instantes de laxitud que siguen al placer, cuando los cuerpos se estrechan o se apartan, según el grado de pasión que haya en ellos.

Llegué a decirle:

—Pepe, tú ya no me quieres

—¡Tonta!

—No me quieres, no. ¡Te harto!

—¡Tonta!

Sonrió a mis palabras. Y, para demostrarme lo contrario de mi afirmación, intentó poseerme nuevamente.

Mi cuerpo se le abrió como antes se le abriera. Mis besos intentaron incendiar nuevamente su sangre; mis manos corrieron cariciosas por su cuerpo...

¡Y él no resucitó!

Desistiendo de su empeño, quedó junto a mí, besándome, besándome, sin saber qué hacer...

Una lágrima de desesperanza brotó en mis ojos: ¡el hijo de la primera pena por un amor que moría!

—¿Ves cómo ya no me quieres?—le dije.

El no me contestó. Y siguió besándome, besándome...





Como los numerosos e intrascendentes amores de la Excma. D.ª Sebastiana amenazaban con prolongarse demasiado, en cuanto hubo terminado el relato respecto a sus relaciones con Pepito la dije, queriendo rematar así sus confesiones, sin que por ello renunciara otro día a escuchar sus más o menos banales aventuras :

—Dime, Sebastiana, ¿cómo pones en tus tarjetas eso de Excelentísima? ¿Tiene algún fundamento, basado tal vez en algún interesante episodio de tu vida, u obedece tan sólo a un truco reclamístico?

—¡ Oh ! ¡ No lo creas ! ¡ No hay tal truco reclamístico !—protestó con vehemencia, herida en su vanidad, la Excma. D.ª Sebastiana—. ¡ No hay tal truco ! Lo que hay es...

Interrumpióse, no atreviéndose a hacer la con-

fesión. Pero su vanidad herida pudo más que toda idea de discreción y de reserva. Y me espetó:

—¡Lo que hay es que yo soy excelentísima... porque he sido embajadora!...

—¿Embajadora?—dije, incrédulo y asombrado.

—Embajadora, sí, señor novelista. ¡Embajadora de Portugal en Madrid!

—¡Atiza!

—Como lo oyes, señor incrédulo. Y, para que no lo dudes más, voy a contarte ese episodio que hubiese querido dejar inédito.

Y la voz de la Excma. D.ª Sebastiana se hizo solemne para comenzar así:

—Conocí al Excmo. D. Joao Rodrigues do Castello Branco de una muy singular manera. Uno de mis amigos, Alberto Marsillac, me dijo cierto domingo de Carnaval, por la tarde, mientras nos aburríamos en su *garçonnière,* ante sendas tacitas de té y una bandejita con pastas:

—¿Te has dado cuenta, Sebastiana, de que hoy es domingo de Carnaval?

—¡Claro, hombre!

—Y... ¿tienes algún plan para esta noche?

—Psch... Ninguno.

—Entonces acepta el mío.

—¿Cuál?

—El que acaba de ocurrírseme.

—Dime.

—¿Qué te parece si nos disfrazásemos tú y yo y nos fuésemos por ahí a la buena de Dios?

—¡Hombre! No está mal la idea. ¿Y de qué nos vamos a disfrazar?

—A poco que nos ingeniemos o, mejor dicho, sin ingeniarnos lo más mínimo, hemos de encontrar aquí mismo los disfraces.

Y como yo le contemplase incrédula, dijo sonriente:

—Lo que se me ocurre es bien sencillo. Tú y yo somos de la misma estatura. Da esa casualidad. Y...

—No me des más explicaciones. Entendido.

—¿Y aceptas?

—Empecemos por ensayar. Y si nos encontramos bien...

—¡A la calle inmediatamente!

—De acuerdo.

Alberto comenzó a ponerse mis vestidos mientras yo me dirigía al guardarropa de mi amigo, y entre los trajes que allí había busqué uno que fuera de mi gusto. Escogí, desde luego, unos pantalones chanchullo a cuadros y una americana holgadita, y cuando me los hube endosado, fuí en busca de Alberto, que se hallaba dando los últimos toques a su atavío femenino.

—¡Pero si estás precioso, hombre!—le dije.

—Mira, no me insultes. Yo ya soy una niña bien. ¿Te gusto?

—¡Con locura! Ven que te dé un abrazo. ¿Y a mí? ¿Qué tal me encuentras?

—¡Un pollo pera perfecto, *dernier cri*. Como que me dan ganas de...

—Oye, oye, que, a pesar de todo, los sexos persisten.

Y llenos de un infinito buen humor, luego de cubrirnos el rostro con sendos antifaces, nos lanzamos a la calle.



RECORRIMOS la Castellana, alegres como una maritornes y un hortera en plan carnavalino. Enbromamos a cuantos amigos encontramos, sin ser conocidos, y luego, ya muy de noche, nos dirigimos a un restaurante para cenar opíparamente.

Si yo estaba hecha toda un hombre, Alberto se hallaba convertido en una perfecta garzona.

A menudo él me decía:

—No me canso de admirarte, Sebastiana. Como te lo propongas, das el camelo a más de cuatro.

Yo sonreía misteriosamente. Tenía mi plan. Y no dejaba de pensar que, si la ocasión se me presentaba...

Las pantorrillas de Alberto, bajo mis medias de seda, eran de un femenino y encantador modelado, y su busto, gracias a dos pelotas de algodón, ofre-

cía un frente delicioso, que más de un fresco, aprovechándose de las naturales apreturas de la calle de Alcalá, habían intentado explorar, con gran regocijo por parte mía.

Yo, sin careta ya, mientras cenábamos, para saborear el efecto de mi disfraz, era quien pedía las cosas al camarero.

Y nos retorcíamos de risa oyendo llamarme a mí señorito, ayudada en mi varonil papel por mi corta cabellera.

—¿Al baile ahora?—propuso Alberto.

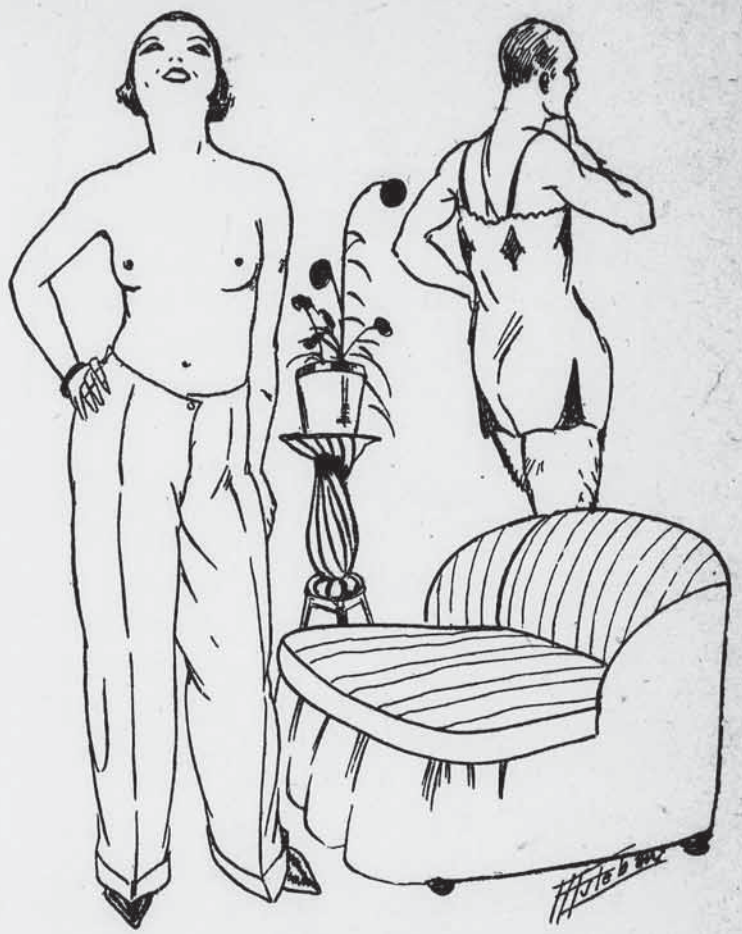
—Al baile. Vas a ver ahora cómo se ciñe tu *hombrecito*.

Y abandonamos el restaurante alegremente, tras el último y ceremonioso «señorito» del camarero al recibir la propina.

La Comedia, adonde fuimos a parar, se hallaba animadísima. Apenas si era posible, en la sala, dar dos vueltas seguidas. Las parejas chocábamos unas con otras, y era aquello, más que un baile, agitado montón de carne en plena lujuria.

Alberto y yo, prisioneros desde el primer momento del ambiente aquel, unimos nuestros cuerpos y nos lanzamos al horno de lascivia para arder con los demás. Yo ceñía mi cuerpo fino y sensual al de Alberto, quien desde el primer contacto conmigo comenzó a maldecir de sus faldas.

—Tonto, ¿qué más da que seas tú o yo quien se ponga la falda? Tú cíñete bien y verás—decíale yo.



Alberto comenzó a ponerse mis vestidos.

Pero por mucho que Alberto se enroscaba, por decirlo así, a mí, estableciendo un buen contacto, no se hallaba satisfecho. Quería más y más. Y refunfuñaba. Por el contrario, yo me encontraba deliciosamente bien. Y hasta bromeaba diciendo:

—Chico, ¡de primera! No hay cosa mejor para el baile que unos pantalones. ¡Como que me están dando ganas de no quitármelos nunca y echarme una novia!

—¡Bah! Tú nunca has necesitado pantalones chanchullo para eso, Sebastiana—dijo Alberto.

Pero yo inmediatamente le contestó, devolviéndole la pelota:

—Ni tú tampoco falda para...

—Calla, vampiresa.

—Pues no nos tiremos chinitas, vampiro.

El *fox* en que nos hallábamos enredados terminaba ya. Deshiciéronse las parejas. A los compases de la orquesta sucedió el rumor de colmena de las conversaciones. Mucha gente se dirigió al ambigú.

Eso hicimos también nosotros, y tomamos asiento ante un veladorcito, haciéndonos servir una botella de champán.

La bebida indispensable en toda juerga de postín fué saboreada por nosotros con gran satisfacción.

Cuidadosos cada cual de su plan interior, examinábamos atentamente a todos cuantos ante nosotros cruzaban.

De pronto surgió ante nosotros la más linda Pompadour que los siglos han visto, y ante la que la propia favorita de Luis XV se hubiese encontrado superada. Iba acompañada de otra mascarita, disfrazada asimismo de dama de la corte del rey Sol.

Las dos mujeres tomaron asiento en un velador, no muy lejos del que nos hallábamos Alberto y yo.

No sé por qué vino a mí la idea de probar mi poder de hombre improvisado conquistando a aquella deliciosa mascarita, y comencé a mirarla sonriente, con arrobo. No tardé mucho en comprobar que la encantadora Pompadour correspondía a mis miradas y a mis sonrisas.

Entonces, para darme tono de hombrecito, encendí un egipcio y comencé a fumar, echando hacia atrás la cabeza y mirando insinuantemente a la lindísima criatura.

Los primeros compases de un vals penetraron en el ambigú como una sensual invitación a la unión de los cuerpos.

Dije a Alberto, decidida a lanzarme de lleno a la interesante aventura de conquistar a la bellísima mascarita:

—Chico, los dos hemos venido a este sitio con un plan distinto, aun cuando a primera vista pareciese el mismo. ¿No es verdad?

—Claro. Decirte lo contrario sería ridículo, a más de que no te convencería. ¿Y bien?

—Pues que vas a dejarme sola ahora mismito, porque mi aventura comienza.

—¡Qué suerte tienes!

Sonreí.

—Ya veremos, porque todavía no puedo cantar victoria.

—La Pompadourcita ésa es simpática y puedes divertirte grandemente con ella en tu papel de hombrecito. Pero ¡no te vayas a entusiasmar demasiado con ella!

—Ya sabes tú demasiado que a mí ese género no me gusta.

Y luego de este breve diálogo, Alberto me abandonó.

Rápida entonces, con esa brusca decisión que en las guerras da el triunfo a los genios, en cuanto mi amigo se alejara me acerqué prestamente a la mesa en que se hallaba la interesante mascarita, y con la más fina galantería del mundo la propuse:

—Señorita, ¿aceptaría usted bailar este vals conmigo si su amiga es tan amable que se resigna a quedarse sin compañera una sola vez?

La Pompadour consultó con la mirada a su compañera, y como ésta comprendiera que su sacrificio sería grato a mi amiga, inclinó la cabeza, sonriente, y dijo:

—Lo que mi amiga haga me parecerá a mí bien.

La deliciosa mascarita, entonces, se puso en pie, presta a ser enlazada. Y yo, apoderándome de la landísima criatura como de un tesoro, completamente posesionada de mi papel de hombre, rodeé con mi brazo derecho la cintura de mi conquista y la conduje al salón de baile.

Pero, una vez allí, fingiendo un gran temor, como si temiese ver aparecer de un momento a otro a Alberto, dije resueltamente a la lindísima Pompadour:

—Señorita, si usted quisiera salvarme... Me hallo en una situación comprometidísima. Estoy en compañía de una mujer a quien odio y que me persigue. ¡Usted puede salvarme! Además, desde que la he visto siento que la amo con toda la fuerza de mi corazón. Haría por usted cualquier locura. ¡Si usted se diera cuenta de la emoción que su presencia me ha causado!

Dije esto con tan enternecedor acento, que la Pompadour, que nada tenía de cortesana, sintióse conmovida y contestó:

—Pero ¿qué puedo yo hacer por usted?

—¡Oh! Mucho. En primer lugar, quererme como yo la quiero, y luego...

Vacilé antes de hacer la proposición que imaginara. Tan descabellada era, que temí durante unos instantes que, al exponerla, todo quebrase y allí quedara sepultada semejante aventura. Pero, decidiéndome a todo, terminé de esta manera mi interrumpida exposición:

—... y luego huir conmigo de aquí, huir ahora mismo, antes de que...

Y dirigí una mirada recelosa hacia la entrada del salón, como si temiese ver aparecer la silueta de Alberto, admirablemente disfrazado de mujer.

La suerte estaba echada. Ya no tenía yo otra

cosa que hacer por el momento sino recoger el fruto de mi audacia.

Estremecíme prontamente de alegría al escuchar cómo la linda Pompadour se me entregaba resueltamente.

—Vamos—dijo.

Murmuré ahogadamente, como si la emoción estrangulase mis palabras:

—¡Gracias, hermosísima criatura! ¡Qué felices vamos a ser!

Y, amorosamente enlazadas, con paso presuroso abandonamos el teatro de la Comedia.



TOMAMOS un auto a la puerta del teatro.

—¿Dónde?—preguntóme el chofer.

Me encogí de hombros. Dije, al fin:

—Donde usted quiera... por el pronto. Mire: vamos Castellana arriba; luego ya veremos.

Cuando, instaladas en el vehículo, experimenté una extraña sensación, algo así como si verdaderamente yo fuese un hombre que acabara de hacer la más preciada conquista femenina de la tierra.

La Pompadourcita, ahora, parecía como arrepentida de su gesto y se hallaba cohibida y temerosa.

Se atrevió a murmurar:

—Y ahora ¿qué vamos a hacer?

—¿Qué? ¿Lo duda usted? ¿No se lo dicen mis

ojos? ¡Querernos con toda el alma y para toda la vida!

¡Era tan dulce el acento con que pronunciara estas palabras el hombrecito aquel, de rostro imberbe y manos finas que era yo, que la linda muchachita comenzó a sentirse encantada, casi vencida para contestar a los ataques que quisiera emprender «su conquistador»!

Dijo, por decir algo, como en un suspiro:

—¿Cómo se llama usted, joven?

No titubeé. Contesté con gran aplomo:

—Miguel.

—Yo me llamo Rosita—dijo ella.

Tomé entre mis manos las de mi conquista, cuya alma ingenua íbase poniendo tan de manifiesto, y la estreché entre las mías, fijando amorosamente en el cielo de sus pupilas mi enternecida mirada.

—¿No ha tenido usted nunca novio?—pregunté a Rosita.

—No.

Deslumbrada por la estupenda, por la extraordinaria, por la inesperada y absurda aventura, murmuré:

—¡Oh! ¡Vamos a querernos!...

Y tuteándola ya, como si fuésemos amantes:

—Cuéntame, preciosidad, vida mía. ¿Quién eres? ¿Cómo te hallabas en el baile, perdida como una perla en un cenagal?

Y entonces la divina máscara me contó su historia, entrelazadas nuestras manos, casi unidas

nuestras bocas, como en una confesión de sinceridad, en la que el alma habla sin traba alguna y que es toda susurro:

—Yo me llevo meses y meses encerradita en casa, sin salir. Mi padre no quiere que tenga novio; mi madre, tampoco. No sé por qué tienen declarado un odio feroz a los hombres. Ellos no quieren que yo sepa de la vida nada, nada... Y así sería si mi padre no se olvidase, de cuando en cuando, de cerrar ciertos estantes de su biblioteca, donde hay unas novelitas que me han explicado todo lo que los hombres son capaces de hacer con las mujeres... y aun algo más. Pues bien: con todo esto, ¡tenía yo unas ganas de ver el mundo y hallarme frente a frente con un hombre!... De todo lo que he leído, lo que más me ha sugestionado han sido los lances de Carnaval. ¡Qué cosa más encantadora poder vivir una aventura de Carnaval! El año pasado no pude lograr mi anhelo, decidida como me hallaba a hacer una escapatoria; pero este año la suerte me ha favorecido grandemente; papá y mamá hace dos días que se fueron a París a recoger la herencia de una tía mía que acaba de morir. Yo he logrado convencer a María, la criada, muchacha que ha corrido ya mucho mundo, y a la que podemos dejar sola, que ya sabrá volver a casa, y esa es toda mi historia o, por lo menos, el primer capítulo...

Luego de la ingenua confesión, ya no pude contenerme; sintiendo verdaderamente mi papel de

hombre en la comedia que me hallaba representando, atraje hacia mi boca los labios de Rosita y los besé en un beso dulcísimo, bajo cuya miel sentí que la gentil mascarita se me entregaba...

Con los ojos semientornados, Rosita recibía las caricias del falso varón que era yo como tierra abrasada al anhelado aguacero.

A medida que acariciaba yo a Rosita, operábase en mí una verdadera transformación. No era la oleada lujúrica que incendia la carne, reseca la garganta y exige la inmediata posesión lo que yo experimentaba, sino una dulzura inexpresable, una suavidad y una ternura que, al propio tiempo que llevaban lágrimas a mis ojos, me sumían en una exquisita sensualidad, en una voluptuosidad tan melosa como jamás gozara.

De repente Rosita me estrechó contra su corazón con tal ímpetu, que llegara a sobresaltarme. Luego murmuró perdidamente:

—¡Soy tuya, ángel de mi vida! ¡Soy tuya! ¿No lo sientes? ¡Tómame ya, apaga este fuego que en mí has hecho nacer!

Sin saber cómo, me sentí sumergida bajo la brusca floración de amor. Y prometí, sin darme cuenta de lo que mis palabras significaban:

—Vamos ya, reina mía, hacia la felicidad.

Y di al chofer las señas de una casa del barrio de Salamanca, de mi más absoluta confianza.

El vehículo, cambiando de dirección, aceleró la marcha.

En el interior, la divina Pompadour y yo no acertábamos a separar nuestras bocas.

El alba comenzaba sobre la ciudad semidormida...





de repente, ¡zas!, se produjo violentísimo choque. Un agrio estrépito de cristales rotos. Un doble grito. Un brusco romperse del abrazo en que Rosita y yo nos hallábamos sumergidas, y una horrible maldición, como trueno abortado por las nubes...

No volcamos, empero...

Instintivamente mi mano fué hacia el mecanismo de la portezuela para hacerla girar y huir o pedir socorro, ¡qué sé yo!, porque, en el fondo del coche, la lindísima Pompadour yacía como muerta...

Pero no me dió tiempo a abrir. La cara del chofer surgió tras los cristales, y su voz se alzó tranquilizadora:

—¡No ha sido nada, señoritos! ¡No ha sido nada! Un choque... afortunado. El coche fuera de

servicio tan sólo... ¿Y ustedes? ¡Ah! La señorita... ¿La sucede algo?

Abrió la portezuela. Tras él, un hombre de unos cincuenta y cinco años, regordete, de porte severo, señoril, y acusada perilla, sonreíame obsequioso, diciendo:

—Deploro el accidente, caballero. Lo deploro con toda el alma. Mi chofer, quizá el suyo, hicieron jugar mal los faros. Deslumbramiento. ¡Oh! Hemos tenido todos mucha suerte...

¿Un extranjero? Sí, inconfundiblemente.

Pero, por el momento, no cabía más que auxiliar a Rosita, derrumbada en el fondo del auto.

Hacia ella nos precipitamos todos.

Rosita, bellísima, parecía dormir.

Al distinguirla, el hombre de la perilla no pudo reprimirse y exclamó:

—¡Oh! ¡La bella criatura!

Y, dirigiéndose á mí, me dijo:

—¿Su esposa? ¿Su novia?

Inconscientemente, no queriendo aceptar ninguna de sus preguntas, dije malhumorada:

—No. Mi hermana.

Esta declaración varió por completo el curso de mi vida. Si hubiese aceptado que Rosita fuese mi esposa o mi novia, tal vez los hechos no se desarrollaran como hubieron de desarrollarse, y yo no hubiese llegado nunca a ser Excelentísima...

En esto el chofer del hombre de la perilla—un chofer tan galoneado como un servidor palatino en



. . Y hallarme frente a frente con un hombre...

plenas funciones—se acercó respetuosamente a su señor y le dijo, inclinando el cuerpo en un reverencioso gesto:

—¡El coche de su Excelencia puede continuar cuando su Excelencia disponga!

Yo me quedé turulata. ¡El hombre de la perilla era todo un Excelentísimo señor! ¿Algún ministro quizá?

Su Excelencia dijo:

—¿Y el coche de estos señores? ¿Puede seguir?

Nuestro chofer se apresuró a declarar:

—¡Ay, no!

—Entonces, si ustedes aceptan, mi coche les conducirá a la dirección que indiquen—dijo obsequioso el Excelentísimo señor, dirigiéndose a mí.

Rosita volvía en sí. Sus ojos miraron en derredor, con asombro. Yo me apresuré a tranquilizarla:

—No ha sido nada, mujer. Un choque sin importancia. El coche de su Excelencia nos conducirá a casa...

Nos trasladamos al «rolls» del hombre de la perilla, todo afectuosidad para nosotras.

Y en cuanto el chofer ocupara su sitio:

—Ustedes dirán dónde hemos de conducirles...

Yo quedé perpleja. No sabía qué dirección dar. Pero, por encima de todas las perplejidades humanas, hay en el misterio del mundo un invisible soplo que impulsa la nave de nuestra existencia hacia determinado puerto. Había algo en mí que me decía sin palabras, y ni aun siquiera instintivamente, que mi aventura con Rosita había terminado y que ahora comenzaba otra más trascendental. El caso fué que murmuré, sin que yo misma me diese cuenta de por qué lo hacía:

—Sería mejor conducir a mi hermana a su domicilio, que no es el mío precisamente. Es lo más urgente, pues Rosita se ha afectado mucho...

Y dirigiéndose a la encantadora Pompadour, toda aplanamiento:

—¿No te parece?

—Sí, sí—murmuró Rosita.

Y como, a pesar de su turbación, ella se diera cuenta de que yo no podría suministrar las señas de su domicilio, por la sencilla razón de que anteriormente no me las comunicara, dijo:

—Zurbano, 105.

El auto partió. Junto a mí la figura solemne de Su Excelencia me comunicaba el calor de su cuerpo exuberante. De cuando en cuando me dirigía una palabra de afecto. Y sus miradas, que al principio sólo iban dirigidas hacia Rosita, acabaron por ser destinadas para mí casi exclusivamente.

Una pierna de su excelencia se aplastó contra la mía. En las pupilas del personaje aquel vi yo encenderse, de una manera que no me dejaba lugar a dudas, la llamita del deseo.

Llegué a alarmarme. ¿Acaso Su Excelencia había descubierto por yo no sé qué detalle mi condición de mujer?

El auto paró frente a casa de Rosita. Descendió ésta del auto, acudió el sereno, hubo una efusiva despedida entre la linda Pompadour y yo, prometiéndonos vernos al siguiente día, y a poco, el auto se puso de nuevo en marcha.

Esta vez el Excelentísimo señor no me pidió dirección alguna, sino que, abrazándose a mí tan pronto como quedamos solos, me dijo:

—Es usted uno de esos *hombrecitos* de los que a mí me gustan.

—¡Diablo! ¿A que iba a resultar que el hombre aquel era?...

Pero pronto quedaron desvanecidas mis dudas.

Apuntándome con un dedo hacia la desgarrada pechera de mi camisa, el hombre de la perilla exclamó:

—Si no se hubiese escapado esta linda palomita del palomar en que se hallaba aprisionada, quizá hubiese usted logrado engañarme...

Solté una franca carcajada.

Aquella neta situación me agradó sobremanera.

Y declaré:

—¡Es usted un excelentísimo señor, muy simpático! ¿Ministro quizá?

—De Portugal en España.

—¿Embajador?

—Embajador. ¡Soy el excelentísimo señor don Joao Rodrígues do Castello Branco!

Me abracé a Su Excelencia.

Y así llegamos hasta la misma puerta de la Embajada, donde el auto se detuvo.

Díjome sonriente el embajador:

—Aun cuando no es hora de recepciones, sí usted gusta...

—¿Cómo no?

Subimos.

Uno, dos, tres criados discretísimos, sumamente discretísimos, se atravesaron en nuestro camino.

Un salón, dos gabinetes, un comedor, otro, una alcoba...

—¡Está usted en su casa, señora!

—¿Portugal?

—¿Y España?

—¿Un tratado de paz, pues?

—Y de amor.

—¿Nada más?

—La firma, ahora...

Un abrazo. Un beso larguísimo.

—Señor embajador...

—Señora embajadora...

Fué un feliz amanecer. Porque, como ya le dije, señor novelista, el alba nacía cuando los dos autos chocaron.

A mediodía salí de la Embajada.

Dos meses después volvía triunfalmente a ella, hecha toda una excelentísima señora con todas las de la ley.

El embajador era viudo cuando yo le conociera.

¡La excelentísima D.ª Sebastiana fuí durante dos años!

Un mal día, al excelentísimo señor don Joao Rodrigues do Castello Branco se le ocurrió morirse.

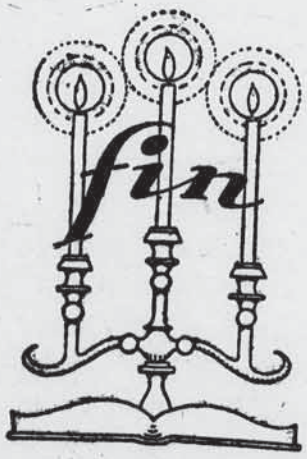
¿Por qué no me suicidé entonces?

¡Ay!

No me dejó Su Excelencia sino unos cuantos miles de reis. Total, dos perras gordas.

Volví de nuevo a rodar, a rodar.

Y aquí me tiene usted. Son las once de la noche. La hora de visita ha terminado. Desde las once, siempre, siempre, me halle con quien me halle, cierro el establecimiento y paso a ser excelentísima señora para mí sola.



En breve

LA BELLEZA

Publicación quincenal

Albumes de sugestivas fotografías de las mujeres más guapas del mundo.

UNA peseta